bondad de no ofenderme con recriminaciones injustas, que muchas de estas personas, viven aun, residen en México, y no tendrían obstáculo en declarar, cuando fuere necesario, que durante el Sitio de Querétaro, léjos de engañar ó de *vender* á alguno, no hice otra cosa que servir á todos; y, por último, que ni en aquella época, ni en otra alguna, he sido desleal ó pérfido con nadie.

II

La noche del 14 al 15 de Mayo de 1867, fué terrible para los sitiados de Querétaro. *

Algo que no me interesa y que es extraño al propósito de este libro, hizo caer la plaza en poder de los republicanos.

La ocupacion del Convento de la Cruz, punto dominante y clave de las operaciones del ejército sitiado, traía consigo la pérdida de Querétaro y la mas terrible catástrofe para el Imperio.

La consternacion y el pánico se difundieron en todos los ánimos; el golpe había sido tan inesperado, tan súbito que, muchos jefes y aun acaso el mismo Archiduque Maximiliano, no se apercibieron de él, sino hasta el momento en que era imposible ponerlo en duda.

Debo, ante todo, poner un paréntesis á esta narra-

* Pero no fue un misterio pues quien ocupa la presente se pretendió la venta y en la parte del Ill. Canonigo Epinazolas, he oido en el número Agos

cion, para ocuparme de un incidente que mas tarde llegó á causarme profundos disgustos.

Entre el grupo numeroso de las personas que me han distinguido con su amistad, no obstante mi falta de mérito para obtener esa distincion, contaba en la época á que me refiero, con el afecto personal del Sr. General Tomas Mejía, uno de los jefes de mas estimacion en el ejército imperialista.

Nuestra amistad, debo decirlo, no estaba ligada con ningun vínculo político; era una amistad franca y sincera que se apartaba mucho de lo vulgar, y mas aun del interés privado y de la *combinación* en tal ó cual sentido.

Poco ántes de la catástrofe de Querétaro, el Sr. General adolecía de una enfermedad penosa que le impedía montar á caballo, y siendo yo, no solo su amigo, sino su predilecto en la ciencia, me ocupó para que me encargase de su curacion. Agradeciendo infinitamente ese rasgo de bondad, tuve la pena de rehusarme á servirlo, manifestándole que, con motivo de un cuidado de familia, el de la pérdida de mi hija, había resuelto separarme de la profesion, porque mi ánimo estaba profundamente dominado por el dolor.

Esta manifestacion, que no tenia el carácter de excusa ó de pretexto, no pudo convencer al Sr. Mejía, y suponiendo en mí repulsas intencionadas, ape-

ló á un medio que nunca pude haber imaginado: me mandó aprehender y conducir á su casa, si bien es que sin violencias ni vejaciones. Cuando llegué á su presencia, contrariado hasta cierto punto, me dijo sonriendo el general: "Es el único modo que he tenido para obligar á Vd. No crea, sin embargo, que lo voy á encerrar en un calabozo; la recámara contigua á la mia, será su prision; pero, de *grado ó por fuerza*, tiene Vd. que ser mi médico. Esta resolucion que no admite réplica, puede modificarse, siempre que, mostrándose Vd. dócil, acceda á mi solicitud."

Siendo tal capricho, una especie de exigencia amistosa de parte del Sr. Mejía, no tenía mas que hacer, que someterme á su voluntad, encargándome de su curacion.

Por fortuna, el éxito de esta fué plausible, tanto que, en muy pocos dias recobró el enfermo la salud, pudiendo volver, como de costumbre, á las fatigas de la campaña.

Tan *extraordinaria* curacion, lo digo con la ingenuidad que acostumbro, no tenía, en mi concepto, mérito singular. En la medicina se notan fenómenos de tal naturaleza, que si bien tienen en apariencia algo de extraordinario, ante el criterio científico, pasan casi desapercibidos. Sin embargo, por más naturales que sean estos casos, impresionan viva-

mente el ánimo de los enfermos, adquiriendo el médico cierta aura de popularidad que no siempre es duradera.

Sea de ello lo que fuere, varios Generales como los Sres. Ramon Mendez, Ignacio Gutierrez, Escobar, Casanova, Castillo, Moret, etc., en casos necesarios, reclamaron mis humildes servicios profesionales, y aunque todos creian que era preciso reducirme á prision para obtenerlos, nunca se hizo efectivo el apercibimiento, supuesto que con la mejor voluntad acudía cuando me llamaban, atendiendo á todos con el esmero que acostumbro y que la humanidad y el deber prescriben al médico.

Otro hecho mas significativo aun, vino á confirmar mi fama inesperada como médico, entre los imperialistas. Lo refiero, no porque lisonjeé mi amor propio, sino para que se comprenda que en ciertas circunstancias, honores y distinciones pueden convertirse en fatalidades.

El Sr. General Miguel Miramon, sufría tiempo atrás de una afeccion hepática que presentaba diversos accidentes, entre otros, cierta picazon en la palma de una de sus manos, molestia que algunas veces, á fuerza de ser insistente, agotaba su paciencia, sacándolo de quicio. De esta enfermedad, segun decía, se habian ocupado diversos médicos, tanto en México como en Paris y Berlin, sin que ninguno de ellos

hubiera tenido la fortuna de combatirla. Me consultó acerca de dicha enfermedad, y yo le manifesté que no creia desesperada su curacion; pero que, por lo pronto, debido al sitio, no teniamos en las boticas de Querétaro, elementos necesarios de que disponer. El insistió, y á fin de no contrariarlo, le preparé un calmante cualquiera que, no sé cómo, le dió el resultado apetecido. El Sr. General Miramon, agradeciendo lo que llamaba "mi eficacia," tuvo la bondad de dispensarme su afecto que nunca desmintió, y del que por mi parte, supe hacerme digno.

Mi solicitud médica, que nada tenía de rara, dió márgen á ciertas hablillas, hasta el extremo de que, irónicamente, se me llamó "el médico de los generales."

Muchos y particularmente los descontentos, supusieron por esta causa, que gozaba de grande prestigio en el círculo imperialista, el cual, examinándolo bien, léjos de significar la preponderancia y el porvenir, era el augurio tristísimo del infortunio.

Por lo que á mí respecta, si bien cumplía con un deber de humanidad, en cambio, aceptaba por fuerza cierta suma de responsabilidades gratuitas que me preocupaban profundamente, porque no teniendo carácter oficial en aquel órden de cosas y siendo extraño á la política, el error, la malicia ó la calumnia, podrían, acaso, mas tarde, llevarme al patíbulo.

Así las circunstancias, surgió, como decía ántes, la toma del Convento de la Cruz por los republicanos, perdiéndose por completo la moral entre los sitiados. La catástrofe de Querétaro fué de tal naturaleza, que dificilmente se registrará otra igual en los anales de nuestras contiendas políticas; lo creo así, no por las condiciones propias é inevitables de la guerra, sino porque los ódios de partido se habían acentuado de tal manera, que en aquella lucha implacable y llena de justas represálias, no quedaba otro recurso, que el que propuso Maximiliano "vencer ó morir."

La fatalidad había inclinado en sentido contrario la suerte del Imperio, y no había uno solo de sus partidarios, por resuelto y confiado que fuera, que no sintiera cernir sobre su cabeza, el ala misteriosa de la muerte.

En cuanto á los republicanos, llamaban á Querétaro "la ciudad maldita" y, segun las versiones públicas, se proponian *no dejar piedra sobre piedra*; porque creian que todos sus habitantes eran cómplices de los sitiados en la defensa de la plaza; se decía tambien que, como justo castigo á la traicion, el Estado de Querétaro perdería para siempre su categoría de libre y soberano, para ser fraccionado en distritos militares.

Aunque todo esto era muy terrible, tan funestas

predicciones no se realizaron, debido á los sentimientos humanitarios del Sr. General Escobedo, y á la política conciliadora del Sr. Coronel Julio María Cervantes, lo cual no impidió que, por el momento, nadie tuviera la mas remota esperanza de salvacion.

Los que no habiamos tomado participio alguno en aquellos acontecimientos, no estábamos mas seguros. El alud desprendido de las altas montañas, en una tempestad de nieve, no respeta á nadie, por el contrario, confunde á todos en su movimiento vertiginoso, llevando á donde quiera la muerte y el exterminio .....

Tal era, á grandes rasgos, la situacion de Querétaro, en los momentos en que las tropas republicanas ocupaban por sorpresa el Convento de la Cruz.

He dicho ántes y lo consigna la historia, que la sorpresa fué tan súbita, que nadie pudo sospecharla ni apercibirse de ella, siendo por lo mismo, indescriptible el terror que produjo.

El Sr. General Miramon, infatigable como siempre, se encontraba ese día desde muy temprano en la calle, y sabiendo que los republicanos ocupaban el Convento de la Cruz, se dirigia hácia ese punto, donde, á su concepto, estaba el Emperador en peligro, cuando fué encontrado por un destacamento republicano.

Ignoro en qué lugar y cómo pasó el caso; pero es

No fue sorpresa sino por la entrega y venta del Barón Lopez asociado a Díblotski que se comunicaban con el Gral Bazaine y como

Juan Sanchez (a) Camote

lo cierto que el jefe de aquel destacamento, disparó su pistola sobre el general Miramon, defendiéndose éste con la suya; y despues de haberse cambiado algunos tiros, resultó herido en la mejilla derecha y herido tambien su ayudante el Sr. Ordoñez, á quien por lo pronto se creyó muerto.

Debo advertir, que cuando tuvo lugar este encuentro, serían poco mas ó ménos, las seis de la mañana, hora en que el sol inundaba de luz á Querétaro y que por lo mismo, no pasó desapercibida la retirada del general Miramon, así como tampoco que se restañaba la sangre de la herida con su pañuelo y, por último, que se dirigió á mi casa para curarse, mejor dicho, para que le extrajera la bala de la mejilla.

Yo vivía casi en el centro de la poblacion, en la calle de Capuchinas, ¿podría ser un misterio la presencia del general en mi domicilio?

No solo tratándose de una persona tan caracterizada y conocida en Querétaro, como lo era el Sr. Miramon, cualquiera otro jefe imperialista, por oscuro que fuese, habría sido inmediatamente notado por un ojo indiscreto. Además, en aquellos momentos, como era natural, los vencedores, yendo en pos de los vencidos, no trataban de otra cosa que de descubrirlos para vengarse de ellos.

Casi todos habían perdido durante la guerra á

un padre ó á un hermano, á un hijo ó á un amigo, y casi todos querian tambien, vengar la sangre del sér amado con la del enemigo.

¡Tal es la condicion inevitable y fatal de la represália!.....

Volviendo á mi, de nada me había apercibido.

La fatiga que tenía constantemente, velando á la cabecera de algunos enfermos que hospedaba, y con particularidad, al coronel Manuel Prieto, á quien había hecho una dolorosa operacion, me rindió de tal manera, que dormía tranquilamente cuando fuí despertado por el Sr. Miramon.

Inconsciente, con el abrumamiento propio que ocasiona el sueño, me incorporé y reconocí al General. "¿Qué ha pasado, señor, le dije. ¿En qué puedo ser útil á Vd.?" y él, sin contestarme, sino apénas y de un modo incoherente, ocupó mi cama.

Un momento despues, me explicó todo: la ciudad de Querétaro había caido en poder de los republicanos.

"Estoy herido, me dijo: haga Vd. favor de extraerme una bala que tengo en la mejilla."

En seguida, lo reconocí minuciosamente, convenciéndome de que la lesion no ofrecía peligro alguno. Segun presumía, y lo confirmé despues, el proyectil, demasiado pequeño, á juzgar por la perforacion que causó, no se había incrustado en la mandíbula:

únicamente habia entrado y salido, astillando de un modo ligero y sin trascendencia el hueso maxilar. Era, con tal motivo, una herida demasiado leve.

Mi observacion y la práctica quirúrgica que tengo, no dejaron satisfecho al Sr. Miramon. Insistía en que le extrajera la bala, y casi llegó á impacientarse.

"No tiene Vd. ningun cuerpo extraño en la cara, le dije; y aun la pérdida de sangre que ha sufrido, no me parece de consecuencias; en tal concepto, debe Vd. tranquilizarse."

Pero, estando el general preocupado con aquella idea, insistió de nuevo en que le hiciera una operacion que no tenía objeto, llegando á sentirse profundamente contrariado, cuando le manifesté que, además, era imposible acceder á sus deseos, porque no tenía en casa mi estuche de cirujía, que había prestado al Dr. Agustin Ruiz Olloqui. Sin embargo, le supliqué que tuviera la bondad de esperar un momento miéntras mandaba recoger los instrumentos para operarlo, es decir, para extraerle una esquirla, que era lo que podía hacer, para evitar que la herida cerrase en falso.

El General, si bien es que no muy satisfecho por lo que le decía, dudando acaso de mi buena voluntad para servirlo, esperó miéntras salí al patio de la casa, en busca de un criado que fuera á la del Dr.

Ruiz Olloqui á recoger el estuche que necesitaba....

Mi sorpresa no tuvo ejemplo al ver lo que pasaba.

El patio estaba literalmente lleno de jefes y oficiales imperialistas que pretendían ocultarse en mi casa, sin comprender, acaso, que, ni por las proporciones materiales de esta, ni por el lugar en donde se encuentra situada, ofrecía abrigo eficaz de ningun género; y con mas razon, cuanto que, con ansiedad verdaderamente febril, buscaban los vencedores á los vencidos.

Mi situacion, moral y materialmente hablando, no podía ser mas crítica: dentro de mi mismo hogar, pasaba algo tan perfectamente azaroso, que no era ya capítulo de vida, sino cuestion de muerte; y ello, aun tratándose de mí, que me encontraba ajeno á la exhacerbacion de las pasiones del momento. Pero se trataba del ejercicio humanitario de mi profesion, y de séres, sobre todo, que me pedian un amparo, una sombra en medio de la terrífica luz, de los siniestros fulgores de la muerte.

Para dejar á salvo la inmensa dificultad, era preciso y á toda costa, apelar al apoyo material de los vencedores; como éste no podía obtenerse en aquellos momentos de vértigo y acaso hasta de fascinacion, me fué preciso llamar á mi hermano el General Refugio Gonzalez que había llegado con las fuerzas republicanas y que, por su carácter entre ellas

y sus razones de afinidad para conmigo, así como por sus buenos sentimientos, era el que podía salvarnos á todos.

¿Hubo en esto, por mi parte, un crímen?...

Cuesta muy poco *hablar mal*, y costaría tanto *probar bien*, que ¡cuántos, bajo la obcecacion de las peores pasiones, tendrían que anonadarse bajo el influjo de la verdad!

III

En vista de lo que pasaba, que no podía ser peor, volví á buscar al General, con el fin de advertirle que la situacion era muy grave; suplicándole al mismo tiempo que no pensara en más que en salvarse.

Cierto es que, en circunstancias como en la de que me ocupo, toda tentativa de evasion parecía inútil.

¿Cómo escapar de la ciudad cuyo recinto estaba cercado por un círculo de fuego, y que cada vez se estrechaba más, con el fin de que nadie quedase oculto, sustrayéndose á la accion del castigo?

Mis justas observaciones, sin embargo, no fueron atendidas por el Sr. Miramon. Ignoro si su carácter inflexible ó sus convicciones íntimas le animaban en medio del peligro, pero es el caso, que en tales momentos, su calma no podía ménos que ser asombrosa.